

La abuela punki que todos quisimos tener

Por Oskar L. Belategui

[...] El público intuía que su personaje macarra de *Aquí no hay quien viva* y *La que se avecina* no estaba muy lejos de la verdadera personalidad de la actriz. Era la abuela punki que todos hubiéramos querido tener.

Mariví murió ayer en su casa del Bilbao que la vio nacer hace 83 años, en paz y rodeada de su familia. El pasado verano colgó la toalla después de llevar memorizando guiones desde los 22. Estaba cansada de levantarse a las cinco de la mañana y grabar hasta las cuatro de la tarde. Y después,



Imagen: ww.rtve.es

aprenderse el capítulo del día siguiente. «Fue dejar de trabajar y al mes y medio ponerse mal», explica su única hija, Elvira. «La ingresamos con pancreatitis aguda y edema pulmonar, pero no volvió bien a casa. La ilusión de su vida era trabajar, y ella veía que su cuerpo no le respondía».

Bohemia teatral

Mariví fue deslenguada y rebelde toda su vida. Renunció a ser una señorita bien de Bilbao, el destino al que le condenaba haber nacido en el seno de una familia burguesa de Deusto. Los Bilbao-Goyoaga eran la tercera generación al frente de un pujante negocio de toldos, que empezó con su bisabuela, una tejedora de redes casada con un marino. Pasear por el Arenal del brazo de un buen partido y dedicarse a sus labores no entraba en los planes de la tercera de seis hermanos.

La díscola alumna del colegio de monjas encontró en el teatro la huida a las matemáticas y el latín. Como no era rubia ni angelical nunca hacía de virgen María, pero a cambio podía meter mano en la escritura de las funciones. Cuando dijo que quería dedicarse a la bohemia teatral su padre le dejó de hablar. Como Bilbao era un pueblo, incluso llegó a cambiarse el nombre en los carteles por el de Ángela Valverde, el primero que salió al abrir las páginas amarillas. Su primer matrimonio a los 24 años no funcionó. Divorciarse en la España de los años 50 era un escándalo, así que tuvo que esperar hasta la muerte de su madre para ser legalmente una mujer separada, «una puta en aquella época».

El gran amor de Mariví, su compañero durante décadas, fue el pintor y cronista social Javier Urquijo, fallecido en 2003.

Juntos participaron en los tiempos heroicos de las primeras compañías teatrales vascas, cuando traer a Ionesco, Albee o Pinter era una osadía. Mariví era feliz actuando detrás de las iglesias en los pueblos. Su inflexión al teatro profesional se produce en el grupo seminal que dirige Luis Iturri, Akelarre. Cuando llegan los 80, aquel animal escénico empieza a ser reclamado por los cineastas vascos. Ya en los 90, la siguiente generación de directores también quisieron su mala hostia: Daniel Calparsoro (*Salto al vacío*, *Pasajes*, *A ciegas*), Álex de la Iglesia (*La comunidad*), Pablo Berger (*Torremolinos 73*)...